

**LA COSMOVISIÓN DE NAGUIB MAHFUZ EN SU
NOVELA VIAJE DEL HIJO DE FATTUMA**
**Worldview of Naguib Mahfuz in his novel *The journey of
Ibn Fattuma***

Clara M^a THOMAS DE ANTONIO
Universidad de Sevilla

BIBLID [0544-408X]. (2014) 63; 205-231

Resumen: En este artículo se analiza la visión de Naguib Mahfuz sobre las diversas etapas que ha atravesado la humanidad a lo largo de la historia, expuesta en su novela *El Viaje de Ibn Fattuma*. En esta obra alegórica Mahfuz narra el viaje del protagonista por diversas tierras en busca del remedio a los males de su país. Cada capítulo lo dedica a un territorio, y en todos ellos describe los mismos aspectos, de forma que se pueden comparar el régimen y civilización que impera en cada uno de ellos.

Abstract: Discusses the views of Naguib Mahfouz on the various stages humanity has experienced throughout history, as included in his novel *The Journey of Ibn Fattuma*. In this allegorical work Mahfuz narrates the journey of the protagonist to various lands in search of a remedy for the ills of his own country. Each chapter is devoted to a territory, describing the same issues in all of them, so that a comparison can be made between the systems and civilizations prevailing in each.

Palabras clave: Naguib Mahfuz. Literatura árabe contemporánea. Género de *rihla*.

Key words: Naguib Mahfouz. Contemporary Arabic Literature. *Rihla* Genre.

Recibido: 14/02/2013 **Aceptado:** 04/07/2013

Una de las obras más interesantes del Premio Nobel egipcio Naguib Mahfuz (1911-2006)¹ es *El viaje del hijo de Fattuma* (*Rihlat Ibn Faṭṭūma*. El Cairo, 1983). Se trata de una novela alegórica inspirada en el género de *rihla* o relato de viajes al que se vuelve Mahfuz en la última etapa de su producción narrativa, después de ha-

1. Sobre la vida y obra de Mahfuz, pueden consultarse, por ejemplo, John Brugman. *An introduction to the history of modern Arabic literature in Egypt*. Leiden: E. J. Brill, 1984, pp. 293-305; Naguib Mahfuz. *El callejón de los milagros*. Epílogo de M^a R. de Madariaga. Barcelona: Círculo de Lectores, 1989, pp. 359-370: "El universo de Mahfuz: entre la realidad y el mito" y *Espejos*. Trad. Nuria Nuín y M^a L. Prieto. Madrid: Cátedra, 1999, pp. 31-85; Pedro Martínez Montávez. "Semblanza de Naguib Mahfuz en tres tiempos". *Literatura árabe de hoy*. Madrid: CantArabia, 1990, pp. 201-216; Abu Elata. "Sinopsis biográfica". En *El mundo de Naguib Mahfuz*. Ed. y prólogo de A. A. Morsy. Madrid: Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1989, pp. 11-24; Marcelino Villegas. *La narrativa de Naguib Mahfuz. Ensayo de síntesis*. Alicante: Universidad de Alicante, 1991; Mercedes del Amo Hernández (coord.). *Realidad y fantasía en Naguib Mahfuz*. Granada: Universidad de Granada, 1991; M^a J. Viguera. "Naguib Mahfuz y la novela egipcia". *Actas I Jornadas de Literatura Árabe Moderna y Contemporánea*. Madrid: Universidad Autónoma, 1991, pp. 361-369

ber probado otros géneros más occidentalizados, a fin de arabizar su estilo². En ella Mahfuz relata un viaje imaginario —quizás para compensar sus ansias viajeras nunca satisfechas— que presenta como si fuera la copia de un antiguo manuscrito en el que un tal Quindil ibn Fattuma cuenta su largo viaje por el mundo³, criticando de paso a la sociedad egipcia, árabe e islámica de su tiempo, crítica que Mahfuz ha realizado a lo largo de toda su trayectoria literaria.

El joven protagonista y autor del pretendido manuscrito es Quindil Muhammad al-‘Annabi “Ibn Fattuma”, que se une a una caravana de comerciantes para viajar por diversos países del mundo con el afán de adquirir sabiduría y curar los males de su enfermo país. La caravana pasa por cinco tierras o territorios, cada uno con sus características, que el protagonista va describiendo en un manuscrito que al final del viaje entrega al jefe de la caravana antes de adentrarse en su objetivo, las Tierras de Gabal, de las que nadie ha vuelto.

La novela está estructurada en siete capítulos: en el primero presenta al protagonista situado en el país de partida; en los cinco capítulos siguientes relata sus viajes por cinco territorios, cada uno con un régimen político propio y que van siguiendo la evolución diacrónica de los distintos regímenes políticos que han gobernado el mundo; y en el último inicia su camino hacia Gabal, tras entregar su manuscrito para que llegue a su país.

Se supone que Egipto es el punto de partida de su viaje, aunque sólo alude a lo largo del relato a “su país” o a “las tierras del Islam”. Y sus viajes por las tierras de Mashriq, Haira, Halba, Amán y Gurub son símbolos de diversas búsquedas⁴. En cada tierra que visita va describiendo los mismos aspectos —el jefe de aduanas, la posada para forasteros, el dueño o director de la posada, la vestimenta, la alimentación, la higiene y la medicina, la ciudad, la vida social, el sistema de gobierno, la religión,

2. Otros géneros tradicionales a los que se vuelve Mahfuz a partir de los 70 son el del repertorio biográfico, como en *Los espejos* (*al-Marāyā*, 1971) y *Charlas de mañana y tarde* (*Aḥādīḥ al-ṣabāḥ wa-l-masā*, 1987), o la narrativa tradicional de *Las mil y una noches*, como en *La noche de las mil noches* (*Layālī alf layla*, 1982). Otros aspectos de su evolución literaria pueden verse en M^a Antonia Martínez Núñez. “*Qālabu-nāl-masrahī*, ensayo sobre el teatro árabe de Tawfiq al-Ḥakīm y su relación con las *Dialogadas* de Naḥīb Maḥfūz”. En *Actas de las I Jornadas de Literatura Árabe Moderna y Contemporánea* (Madrid, 12-17 de diciembre 1988). Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 1991, pp. 165-187, y “Narrativa árabe, narrativa europea: ¿influencia o afinidad? El ejemplo de Egipto”. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, XLVII (1998), 209-232.

3. En este trabajo se seguirá la siguiente versión: Naguib Mahfuz. *El viaje del hijo de Fatuma*. Trad. M^a L. Prieto y M. al-Madkuri. Madrid: Huerga y Fierro Editores, 1996, citando sólo las páginas y respetando la literalidad del texto, por lo que se omiten los signos diacríticos.

4. Cfr. Naguib Mahfuz. *El callejón de los milagros*, p. 367; Marcelino Villegas. *La narrativa de Naguib Mahfuz*, p. 7; M^a Jesús Viguera. “Historias de nuestro barrio”. En *El mundo de Naguib Mahfuz*. Ed. y prólogo de A. A. Morsy. Madrid: Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1989, p. 63.

la enseñanza y el sabio del lugar— de forma que se pueden comparar las ventajas e inconvenientes de los regímenes y civilizaciones que imperan en cada uno de ellos.

En el primer capítulo se describe al protagonista, Quindil, que es hijo del matrimonio muy tardío de un rico comerciante, Muhammad al-‘Annabi, de 80 años, con Fatuma al-Azhari, una joven de 17. Por ello, sus hermanos, hijos de las otras esposas, no quieren a Quindil y le llaman “el hijo de Fatuma”. Su padre muere pronto, dejándoles una gran fortuna; pero su madre, por miedo a que sus familiares le hagan daño, no le lleva a la escuela, sino que encarga su educación al Sheij Magaga al-Gubaili, que le enseña en casa Corán, hadiz, *fiqh*, lengua, literatura, aritmética, misticismo y literatura de viajes, y que discute con él como si fuera un adulto. Hablando de por qué en el país reinaba la injusticia, la pobreza y la ignorancia, el *sheij* le dice que “El Islam de hoy está acurrucado en las mezquitas; no traspasa sus muros” y que “las tierras musulmanas están alejadas del verdadero Islam” (pp. 18-19). El *sheij* cree que, para hallar cosas nuevas, hay que salir de ellas, viajar por las tierras paganas, como él hizo viajando por Mashriq, Haira y Halba, aunque no había podido llegar a Gabal, el país de la perfección insuperable del que nadie había regresado. Y así excita la imaginación del muchacho.

Quindil va creciendo, y se enamora de la joven Halima, hija de un pobre ciego recitador del Corán, que va velada de acuerdo a los usos islámicos. Tras no pocas reflexiones con su madre, consigue al fin su consentimiento y van a pedir su mano. Por otro lado, el *sheij* Magaga le propone casarse con su madre para que no se quede sola cuando él se vaya, algo que Quindil acaba por aceptar, aunque a regañadientes. Pero su frustración se desborda cuando Halima es dada en matrimonio a un ujier del Sultán que se había encaprichado de ella. Ante ambos acontecimientos, su mundo le parece lleno de lacras, y expone al *sheij* su firme propósito de hacer un viaje “para aprender y volver a mi enfermo país con el remedio para curarlo” (p. 26). Así, Quindil, que tiene casi 20 años, se une a una caravana de comerciantes que se dirige a Gabal, esperando hallar un mundo más limpio y traer el remedio para su país, al que seguirá añorando en su larga travesía, al igual que a sus seres queridos. Como nadie había vuelto de Gabal, Quindil piensa que será el primero en visitarla y transmitir a la humanidad sus secretos (p. 33).

1. “TERRITORIOS DE MASHRIQ”

Quindil se despide de su madre y del *sheij*, y parte en la caravana que dirige Ibn Hamdis. Tras un mes de viaje por el desierto, la caravana llega ante las murallas de la capital de Mashriq, y entran en la ciudad de noche. El *jefe de aduanas*, vestido sólo con una pequeña prenda cubriéndole las vergüenzas, les da la bienvenida, advirtiéndoles que quien se comporte de forma mesurada sólo recibirá cosas buenas y bellas

(pp. 31-32). La caravana se introduce en la capital entre dos filas de guardias, y llegan a la *posada para forasteros* que se parece a un caravasar: es un gran pabellón dividido en dos por un largo vestíbulo rodeado de habitaciones separadas por telas de pelo; las habitaciones, con piso de arena, tienen una tabla en el suelo a modo de cama, un cesto para la ropa y un cojín en medio (p. 32). El *dueño de la posada*, Fam, va vestido como el jefe de aduana, es un hombre cortés, le prepara la comida y le habla de las costumbres del lugar y de Gabal (pp. 32-33).

En cuanto a la *vestimenta*, Quindil se pone al llegar una pequeña *aba* y un turbante para protegerse del sol; pero hombres y mujeres van totalmente desnudos, por lo que los forasteros vestidos les llaman la atención. A Quindil le resulta difícil acostumbrarse a la visión de esos cuerpos desnudos, bronceados y delgados por la falta de comida, que despiertan sus pasiones (p. 34), pero poco a poco va aligerando su vestimenta: un pantalón corto y un gorro (p. 39). En lo referente a la *alimentación*, dice que el posadero le prepara un desayuno consistente en dátiles, leche y pan de cebada (pp. 32-33); al atardecer le sirve pan de cebada, un filete de ternera frito y aderezado con vinagre, y un plato de dátiles, membrillos y uvas; además le ofrece vino, que Quindil rechaza (p. 36). Respecto a la *higiene*, Quindil encuentra en la posada todo lo necesario para su aseo personal: lavarse, peinarse y arreglarse la pequeña barba (p. 32). Y el posadero le añade que la *medicina* sólo se reserva a palacio:

En cada palacio hay un médico contratado, procedente de Haira o de Halba; pero la gente se entrega a la naturaleza. Quien enferma, se aparta de los demás hasta que o bien se cura o bien muere y se lo comen las fieras. [...] Ésas son las leyes y las indicaciones de la Luna, completamente conformes con la vida. Por eso somos un pueblo en el que domina la alegría y la satisfacción. Somos el más feliz de los pueblos (pp. 38-39).

A Quindil la *ciudad* le parece un paisaje vacío, como el desierto, sin palacios ni casas, sin calles ni barrios, con sólo unas tiendas montadas de forma desordenada sobre una tierra con hierba donde pasta el ganado (p.34), aunque el señor, amo de todos, vive en un suntuoso palacio separado de ellos.

Quindil describe algunos aspectos de la *vida social*, que es de tipo matriarcal. Mujeres y chicas hilan y ordeñan cabras frente a las tiendas (p. 34), y a pesar de la falta de comida, de la suciedad y la miseria, todos parecen contentos (p. 34). Quindil, que no ha olvidado a Halima, se enamora de Arusa⁵, una joven desnuda que se parece a Halima y que le hace olvidar sus propósitos de viajar a Gabal. En contra de las costumbres del país de Quindil, el padre se la ha ofrecido al ver que le gusta, los ha deja-

5. 'Arūsa significa "novia" y, dado su parecido con su amada Halima, representa la misma figura.

do a solas en una habitación, y luego han comido todos juntos como una familia. Confuso ante esta situación, le pregunta por la noche al posadero, que se la aclara:

Este tipo de relación se practica aquí sin traba alguna. Cuando a una muchacha le gusta un joven, lo llama, a la vista de todo el mundo, con el consentimiento de su familia. Y, cuando se cansa de él, lo deja; pero se queda con los niños, que llevan su apellido (p. 45).

Tras consultar sus dudas con el sacerdote de la Luna, Quindil decide casarse con Arusa, pero, como el Señor es el dueño de todos los habitantes, tiene que pedirle permiso a su ujier para comprarla, que se lo deniega, pues necesitan más esclavos para enfrentar el previsto ataque de Haira. El padre de Arusa le propone alquilarla por tres dinares al mes, y Quindil acaba aceptando. Pasan los días felices, sin pensar en viajar, y tienen tres hijos, Ram, Am y Lam, que al final le quitan por intentar convertirlos al Islam, obligándole a marcharse de las tierras de Mashriq (pp. 51, 53-55).

El posadero le habla del *sistema de gobierno* cuando un día Quindil ve un grandioso palacio, que parece ser del rey, no tiene conexión con el resto de las tiendas, está custodiado por un batallón de jinetes armados hasta los dientes, y no se puede visitar (p. 36).

Aquí [...] no hay rey. [...] Los territorios del Mashriq se componen de una capital y cuatro ciudades. En cada ciudad hay un “señor” que es el rey. Es el dueño de los pastos, del ganado y de los pastores. Los habitantes son sus esclavos; están sometidos a su voluntad a cambio de sustento y seguridad. Así pues, el palacio que has visto es el del señor de la capital. Él es el más grande y más rico de todos los señores, pero no domina a los otros. Cada señor tiene un ejército de mercenarios que se trae generalmente del desierto (p. 37).

Quindil considera extraño este sistema que, con diferencias, le recuerda a las tribus de la *Yahiliya* y a los señores feudales de su país (p. 37). Y al preguntar cómo se construyó el palacio, si todos los súbditos eran sencillos pastores, le dijo el posadero: “Trajeron a los ingenieros y a los trabajadores de Halba, y lo equiparon con los más bellos muebles y obras de arte, los cuales son el orgullo de la fábricas de Halba” (p. 38). Por ello, los comerciantes de las caravanas “no trataban con los indígenas, sino sólo con los representantes del señor, el dueño del capital, pues era el único comprador y vendedor” (p. 39), mientras en el zoco apenas había unas cuantas tiendas “para vender alimentos y útiles sencillos; peines, espejitos y collares de perlas baratas de bisutería” (p. 40).

El posadero le advierte que no puede practicar sus rezos en público, pues se expondría a una situación desagradable (p. 33), y también le habla de su *religión*:

— Todos los habitantes de Mashriq adoran a la Luna. En la noche de plenilunio, el dios⁶ se manifiesta en toda su grandeza. La gente corre a los descampados y rodean al sacerdote para rezar, luego practican sus ritos bailando, cantando, bebiendo y amándose...

— ¿Y de esta forma se aseguran la perpetuidad en el Paraíso?

— No tenemos ni perpetuidad ni paraíso; únicamente el plenilunio (p. 38).

La *enseñanza* se reserva a “los hijos del señor, que aprenden equitación y algo sobre el dios Luna” (p. 38), mientras que los habitantes de Mashriq no reciben ningún tipo de enseñanza.

En las fiestas del plenilunio, el sacerdote de la Luna es el *sabio* que habla a la gente que le rodea de la caducidad de la vida, les exhortaba al bien, y les advierte:

Cuidado con la riña, cuidado con el mal. La envidia desgarrar el corazón, la voracidad provoca indigestión y trae la enfermedad, la avaricia es una preocupación malsana. Divértíos, jugad, venced las preocupaciones mediante la satisfacción... (p. 40).

Quindil había visitado al sacerdote de la Luna para exponerle sus dudas sobre la relación hombre-mujer, que contrastan con lo que ha visto en su país; y le dice este sabio:

— La mitad de las catástrofes de los países —por no decir todas— vienen de las trabas que se les imponen a los deseos, pues, si éstos se satisfacen, la vida se convierte en distracción y placer.

— En nuestras tierras, Dios nos manda lo contrario [...].

— Sé mucho de vosotros. El matrimonio vuestro, en numerosas ocasiones, conlleva tragedia [...]. Nuestra vida es más sencilla y más feliz [...] Nuestro Dios no se inmiscuye en nuestros asuntos (pp. 44-45).

Luego, ante las alegaciones de Quindil sobre la igualdad y hermandad que predica el Islam y que se contraponen a los privilegios de la casta gobernante, el sacerdote le replica diciendo que su religión no pretende lo que no se puede aplicar. Y se separan en desacuerdo (p. 48). Quindil piensa que la causa de la miseria de estas tierras tal vez se debe a que es un país idólatra (p. 34). Y, obsesionado con convertir al Islam a Arusa y a su hijo Ram —para paliar su culpabilidad por estar incumpliendo las normas islámicas—, Arusa y su padre se lo reprochan. Poco después Quindil es dete-

6. Dado que *qamar* es masculino en árabe, se traduce en masculino, aunque podría traducirse en femenino de acuerdo con su género en español.

nido por la policía, que le obliga a marcharse de Mashriq sin Arusa y sin sus hijos (pp. 53-55).

2. “TERRITORIOS DE HAIRA”

Triste y abatido por la traición sufrida, Quindil continúa su viaje, y tras un mes de travesía por el desierto la caravana entra de noche por las murallas de la ciudad. El *jefe de aduanas*, por su vestimenta —casco, coraza, espada y vestido corto—, se diría que es hombre del ejército. Les da la bienvenida, anunciándoles que hallarán policías por todas partes a los que preguntar lo que quieran y que, si acatan sus indicaciones, tendrán un buen recuerdo del viaje y se evitarán sinsabores (p. 58). Luego se alojan en la *posada para forasteros*, un gran edificio de piedra de un solo piso, con una gran entrada y ventanas. En la habitación, de tamaño mediano, hay una cama, elevada una braza sobre el suelo y cubierta con una colcha púrpura, un ropero, un pequeño sofá, un candelabro con una gruesa vela, y una alfombra decorada sobre el suelo. Quindil piensa que ha llegado a una civilización que no tiene comparación con la de Mashriq (p. 58). El *dueño de la posada*, Ham, va vestido con un manto ligero, le ofrece comida, le pide el precio de su estancia por adelantado —un dinar por noche—, y responde a las preguntas de Quindil sobre las costumbres del lugar (p. 59).

La *vestimenta* que usan depende de su condición, como puede comprobarse con lo que llevan el jefe de aduanas, el posadero o el sabio. La *alimentación* de Quindil en el desayuno consiste en un plato de cobre con leche, mantequilla, queso, pan y un racimo de uvas (p. 59). El único momento en que se habla de la *higiene* es al final del capítulo, cuando Quindil sale de la prisión y va a un baño público, donde le afeitan la cabeza y el cuerpo, se lava con agua caliente y se unta cabeza y cuerpo con aceite de *pasma* para arrancarse los parásitos que había cogido (p. 77). Y el sistema garantiza la *medicina* sólo para la élite, que financia hospitales que son sólo para ella y sus hijos (p. 65).

La *ciudad* se parece a las del país de Quindil: hay mucha gente y tiene avenidas, jardines, calles, barrios, edificios, casas, escuelas y hospitales, locales para el canto y el baile —cuya inmoralidad escandaliza a Quindil (p. 63)—, y un gran zoco lleno de tiendas con mercancías de todos los países (p. 61). Los barrios ricos son bonitos y tranquilos, sus palacios son auténticos museos y los residentes se trasladan en palanquines. En cambio, en los barrios populares hay chozas, ruinas, atmósfera triste y gente miserable. Como les advierte el jefe de aduanas al llegar, la ciudad está llena de policías cuyas indicaciones hay que acatar (p. 58). El posadero le aclara que “la seguridad ciudadana es constante; ellos vigilan la seguridad del Estado” (p. 61). Quindil también ve un campo cercado en el que cuelgan de postes unas cabezas de

hombres cuyo delito ha sido “la rebelión contra el Rey-Dios” y que se exponen para reprimir y educar a la población —como en su país— lo que hace pensar a Quindil que son mártires de la justicia y la libertad (p. 62).

Quindil observa que la *vida social* se funda en una fuerte diferencia entre hombre y mujer y entre dos clases sociales: la élite y el resto de la población (pp. 64-65). Y los poderosos se imponen al resto de la gente. El sistema garantiza la *enseñanza* únicamente para la élite, que es quien financia las escuelas que son sólo para sus hijos. Y el sistema de justicia también obedece a los privilegios de la élite y a los cambios en el poder (p. 65).

Cuando Quindil le dice al posadero que viene de tierras del Islam, éste le advierte que allí “sólo se practica la *religión* de Haira” en la que “Nuestro Dios es el Rey”. Luego va a consultar al *sabio* de esas tierras, Diznig, que le recibe en su bonita casa rodeada por un jardín lleno de flores y árboles frutales; lleva bonete y manto blancos; se le presenta con humildad, pues para él el único sabio es “el Dios, la fuente de toda sabiduría y gracia” (p. 64), y le explica por qué el Rey es Dios:

Él se sienta en el trono, luego se retira a su pabellón ayunando hasta que irradia cierta luz. Entonces sabe que Dios ha entrado en él y que se ha convertido en un Dios adorado. En ese momento empieza su actividad. Lo ve todo con los ojos de un Dios y recibimos de Él la sabiduría eterna en todo. A cambio sólo nos exige fe y obediencia (p. 64).

Y tras hablarle del Rey-Dios, el sabio le justifica la división entre la élite y el resto de la población:

Nos dirigimos a la élite para potenciar en su alma la fuerza, el dominio y el crecimiento. Para conseguirlo les garantizamos la enseñanza y la medicina. En los demás, en cambio, potenciamos las dotes de la obediencia, la docilidad y la satisfacción. Los conducimos al tesoro espiritual enterrado en las profundidades de cada uno, que se puede conseguir mediante la paciencia, la perseverancia y la paz. Con esta doble filosofía se consigue la felicidad para todos, según la preparación de cada uno. Somos la gente más feliz de la Tierra. [...] Vivir según las indicaciones y la dirección del Dios es la máxima a la que aspira uno para que haya justicia y felicidad (pp. 65-66).

Quindil considera todo esto un extravío, aunque cae en la cuenta de que el gobernador de su país se comporta como si fuera un dios (p. 59). Y también se pregunta: “¿Quién es peor, el que pretende ser Dios por ignorancia o el que utiliza el Corán en provecho de sus intereses personales” (p. 66).

Por tanto, el *sistema de gobierno* está liderado por el Rey-Dios, que vive en un gran palacio, erguido en un espacio cercado de palmeras y guardias, como en el país

de Quindil, con los cuarteles de los guardias a un lado y el oratorio del Rey-Dios en otro. Diznig habla con Quindil del Rey-Dios y de la élite:

— [...] Él organiza el ejército, selecciona a los comandantes del mismo y constituye el ejército de la victoria. Nombra entre su sagrada familia a los gobernadores y elige entre los nobles a los jefes para el trabajo agrícola e industrial. El resto de la gente no posee ni santidad ni dotes; por ello realiza trabajos manuales a cambio de sustento. A éstos les suceden inmediatamente los animales. Después de los animales están los vegetales y los minerales. Éste es un sistema sabio y completo que coloca a cada miembro en el lugar que le corresponde, realizándose de este modo completa justicia [...].

—¿Quién posee las tierras y las fábricas?

— El Dios. Él es el creador y el dueño.

— ¿Y las élites?

— Son los dueños por delegación. Las ganancias se reparten a medias entre ellos y el Dios.

— ¿Cómo gastan el dinero del Dios? [...]

— ¿Acaso un Dios tiene que rendir cuentas de lo que hace?

— ¿Entonces quién financia las escuelas y los hospitales?

— Las élites por considerar que están destinados a ellas y a sus hijos. ¿Acaso no es esto la suma perfección? (pp. 64-65).

El expansionismo del sistema de Haira le lleva a declarar la guerra a las tierras de Mashriq con el pretexto de liberar a los esclavos de sus cinco tiranos, pero la razón real es apoderarse de sus ricos pastos y de los tesoros de sus señores (p. 60). Los comerciantes, aunque temen que suban los precios y los impuestos, piensan que en caso de guerra los beneficios para el comercio siempre son superiores a los perjuicios (p. 60). Una vez conseguida la victoria, vitoreada por los pobres como si fueran a recoger sus frutos, Mashriq se convierte en provincia meridional de Haira. El ejército victorioso regresa con la cabeza de los cinco señores de Mashriq en la punta de sus lanzas; va seguido por un gran batallón de prisioneros maniatados y desnudos entre dos filas de guardias, y al final, por las prisioneras, que serán vendidas como esclavas (pp. 66-67). Tras la conquista de Mashriq, los de Haira se esfuerzan por convertir a los cautivos del culto a la Luna al culto al Rey (p. 60). Y las matanzas, violaciones y destierros o el alza de precios de esa guerra de liberación se justifican porque les llevaría a ser gobernados por un “Dios justo”, lo que le hace pensar a Quindil que lo mismo ocurría con las guerras entre gentes de una misma religión —la islámica— que proclamaba la unidad y la hermandad (p. 60).

Quindil ve a Arusa entre las prisioneras y, como van a ser vendidas en el mercado de esclavas, puja por ella y la consigue por treinta dinares. Arusa le cuenta que los

soldados mataron a su padre sin motivo, que no sabe nada de sus hijos, y que todo ocurrió durante el plenilunio, en presencia de su Dios-Luna sin que éste hiciera nada.

Decididos a volver a buscar a sus hijos, se quedan juntos a la espera de la siguiente caravana. Pero el *sabio* Diznig quiere comprar a Arusa; como Quindil se niega, es detenido por la policía, juzgado con el testimonio de testigos falsos, y condenado a cadena perpetua en una lóbrega prisión, acusado de burlarse de la religión de Haira. Y también se le requisan todos sus bienes, entre ellos a Arusa (pp. 69-71). En la cárcel se disipan todos sus sueños y esperanzas. Veinte años después llega a la prisión Diznig, pues se ha producido la revuelta de un comandante del ejército contra el Rey, al que mata ocupando su lugar; también han asesinado a los hombres del Rey, y a él le han condenado a cadena perpetua. Diznig le cuenta a Quindil que durante la revuelta habían intentado huir a Halba, pero que sólo Arusa lo había conseguido; que antes habían vuelto a Mashriq a buscar a sus hijos sin hallar rastro de ellos, y que Arusa siempre le rechazó, porque durante 20 años no había cambiado su corazón. Una amnistía general del nuevo Dios para las víctimas del rey derrocado le devuelve la libertad a Quindil, así como sus bienes y una nueva esperanza (pp. 73-77). La cárcel en que pasa esos 20 años está llena de personas acusadas de delitos contra la religión o las ideologías políticas, ya que ninguno había renegado de Dios, algo castigado con la decapitación. “Eran un grupo de seres libres que no tenían cabida en los ambientes corruptos” (p. 72).

Liberado tras esos veinte años de prisión, Quindil piensa en regresar a su país, pero no quiere volver envejecido y fracasado, por lo que decide continuar su viaje a Halba con la esperanza de encontrar a Arusa y seguir luego hasta Gabal (pp. 72-78).

3. “TERRITORIOS DE HALBA”

Tras un mes de travesía por el desierto, la caravana llega a las murallas de Halba y entra en la ciudad de noche (pp. 78-79). El *jefe de aduanas*, vestido con una chaqueta ligera, les da la bienvenida a “la tierra de la libertad”, algo que le choca a Quindil, pues por primera vez la bienvenida no va seguida de ninguna advertencia, aunque el guía de la caravana le dice que al forastero siempre le conviene actuar con cautela (p. 80). Allí la *posada para forasteros* es un edificio grande y alto, de gran belleza arquitectónica, con una entrada amplia y profunda de cuyo techo cuelgan llamativas lámparas. Su habitación tiene paredes azules, una rica alfombra, una cama de bronce con colcha de brocado y otros detalles que denotan que se trata de una civilización superior a la de Haira (pp. 80-81). El *dueño de la posada* es un amable director, Qalcham, que, tras preguntarle si necesita algo, le informa sobre el precio: 3 dinares por noche. Quindil piensa que la libertad de aquel país también incluye los

precios. Luego Qalcham le irá aconsejando e informando sobre distintos aspectos y costumbres del lugar (p. 81).

Quindil observa que la *vestimenta* masculina y femenina es muy variada, bella y elegante (p. 81). Y, cuando al final de su estancia encuentra a Arusa, ésta viste una falda corta, mantón de seda con incrustaciones de perlas y un collar de coral, indumentaria de mujeres de clase alta en verano (pp. 102-103), pues se ha casado con un budista de esa clase. La *alimentación* para el desayuno en la posada, que le sirven en su habitación, consiste en pan, queso, leche, mantequilla, miel y huevos, todo ello abundante y de gran calidad (p. 81). Otras comidas y cenas las hará con la familia de un *sheij* que conocerá más tarde o en su propia casa al casarse. Respecto a la *higiene*, a Quindil le gusta la limpieza de las calles de Halba (p. 95). Sobre la *medicina*, se señala que en Halba hay hospitales gratuitos, financiados por el Gobierno, para quienes son pobres (p. 87), o que Samia, la hija del *imam* Hamada, es pediatra en un gran hospital (p. 89).

Desde el primer momento Quindil siente que está en “una gran *ciudad* en la que el individuo se desenvolvía sin que los demás supieran nada de él” —anonimato que puede dificultarle encontrar a Arusa— (p. 81). Ante la posada hay una gran plaza redonda, bordeada por edificios y tiendas. De ella parte un puente que conduce a otra plaza pequeña de la que parten grandes avenidas bordeadas de edificios y árboles. Hay un número interminable de calles, edificios, casas y palacios, tiendas con muchísimas mercancías, industrias, comercios, lugares de esparcimientos y gran variedad de jardines. Por ellos se mueven oleadas de hombres, mujeres y palanquines para los ricos; y sus pobres están en mejor situación que los de Haira y Mashriq. También ve unos pocos policías a caballo (pp. 81-82). Más tarde visita en un palanquín y con un guía los sitios más importantes de la ciudad: centros de enseñanza, fortalezas, grandes fábricas, museos, barrios antiguos o la gran mezquita de la capital (p. 89-90).

En la *vida social* y en la relación hombre-mujer reina una gran libertad. Quindil ve en la gente tanto pudor como libertinaje, y una mezcla de seriedad y aplomo con alegría, sencillez y autoestima. Y hay manifestaciones de hombres y mujeres, que la policía no reprime, exigiendo sus derechos. Una de ellas reclama el reconocimiento de las relaciones homosexuales (pp. 82-83).

Quindil se encuentra un día con el *imam* de una mezquita y, tras larga conversación, éste le invita a comer a su casa. Vive en el segundo piso de un elegante edificio y tiene un bello salón, por lo que piensa que pertenece a la clase media y que hay en Halba un alto nivel de vida. Pero a Quindil, que nunca había comido con una mujer —incluida su madre—, le extrañan sus costumbres, pues le reciben la esposa, la hija y los hijos del *imam*, y comen todos juntos. Cree que siguen la doctrina de Abu Hanifa (p. 88), y el *imam* le contesta que sigue vigente el juicio individual, y que beben

conforme al clima y las tradiciones, pero nunca se emborrachan (pp. 88-89). Pero lo que más le sorprende a Quindil es el comportamiento de las mujeres musulmanas:

Su mujer [del *imam*] era ama de casa, pero su hija Samia era pediatra en un gran hospital [...]. Me asombró la conversación que mantenían la madre y la hija más de lo que me había asombrado la desnudez en Mashriq. Hablaban igual que los hombres, con espontaneidad, valentía y sinceridad. Samia me preguntó por la forma de vida en las tierras del Islam y sobre el papel que jugaba la mujer allí. Cuando le expliqué la situación, empezó a criticarla duramente y a establecer comparaciones entre la situación actual de la mujer y el papel que desempeñó en tiempos del Profeta; incluso dijo:
— ¡El Islam se marchita en vuestras manos mientras lo contempláis! (p. 89).

Quindil, que va a mantener una intensa relación con la familia del *imam*, sigue pensando en encontrar a Arusa, pero a la vez siente deseos de estabilizarse y fundar una familia. Samia le ha dejado impresionado por su belleza y juventud desde el primer encuentro (p. 89), y las tensas relaciones con Haira y Amán también le dificultan viajar (p. 95). En ese ambiente pre-bélico decide quedarse y casarse con Samia. Cuando ella acepta, se casan en la Casa del Matrimonio, y se alquilan en la misma calle del *imam* una casa que amueblan entre ambos. Samia sigue trabajando en el hospital y Quindil se asocia con dos hermanos cristianos en un negocio de objetos de colección y orfebrería, dedicándose así a trabajar por primera vez en su vida. Samia quiere que fije su residencia en Halba, pero Quindil pretende volver a su país para publicar su libro y volver luego a vivir a Halba. Ella le acompañaría en el viaje de ida y de vuelta (pp. 96-97). Como el negocio va bien, Quindil le insinúa que podría dejar el trabajo en el hospital, pero ella no acepta y le dice que debe pensar como los de Halba, “pues el trabajo en nuestra tierra es sagrado, tanto para el hombre como para la mujer” (p. 98). Tampoco la maternidad la disuade. Y Quindil va descubriendo maravillado ese nuevo mundo femenino: su orgullo sin vanidad, su amor a la conversación, su sincera fe y su feminidad. Sin embargo, la personalidad demasiado fuerte y sincera de Samia, su brillante inteligencia y su excelencia como médico le convencen de que ella supera a un hombre como él que sólo veía a la mujer como objeto de placer. A pesar de ello son felices. Un día Samia le dice que le apasiona la idea de que un viajero “sacrifique la seguridad a favor de la verdad y del bien”, resucitando así su dormido proyecto (pp. 98-99). Pero nacen sus tres hijos, Mustafá, Hamid y Hisham, y Quindil se dedica a disfrutar del amor y la vida familiar y social, deseando que dure esa situación de felicidad. Sin embargo, sigue pensando en Gabal y en su país (p. 102).

Quindil visita centros de *enseñanza* (p. 90), comprobando que hay escuelas gratuitas, financiados por el gobierno, para quienes poseen dotes intelectuales pero son

pobres (p. 87) o que los dos hijos del *imam* Hamada hacen prácticas para ser profesores (p. 89). También conversa sobre el *sistema de gobierno*, la *enseñanza* y la *medicina* con el *imam* Hamada, que le dice:

- [...] Nuestro Jefe de Estado se elige según criterios científicos, morales y políticos. Gobierno durante diez años, luego deja su puesto al Juez Supremo. A continuación se celebran elecciones entre el jefe que dimite y los nuevos candidatos.
- ¡Es un sistema estupendo! [...]
- Los musulmanes tenían que haberse adelantado a todo el mundo en eso. Además, el Presidente del Estado tiene un comité asesor de expertos en todos los dominios.
- ¿Y sus decisiones son de obligatoria ejecución?
- En caso de discordia, dimiten todos y se celebran nuevas elecciones.
- ¡Excelente sistema! [...]
- La agricultura, la industria y el comercio los practican los más capaces.
- Por eso hay ricos y pobres [...]
- Y también parados, ladrones y asesinos [...]. Sin embargo, hemos recorrido un camino nada despreciable en este aspecto [...]
- ¡Si hubierais aplicado la *Sharía*!
- ¡Pero vosotros ya la aplicáis!
- La verdad es que no se aplica. [...]
- Aquí el compromiso es con la Autoridad, y se aplica literalmente.
- Pero me parece que el Gobierno sólo se compromete a garantizar la seguridad ciudadana y la defensa...
- Y los proyectos comunes que no pueden realizar los individuos, como los jardines públicos, los puentes y los museos. Hay asimismo escuelas gratuitas para quienes poseen dotes intelectuales pero son pobres, y también hospitales gratuitos; no obstante, la mayoría de las actividades son individuales (pp. 86-87).

También aparece allí la amenaza de guerra: un caíd de Haira se ha rebelado contra el rey, pero ha fracasado y ha huido a Halba. El rey de Haira pide su captura y entrega, a lo que el Gobierno se niega, lo cual puede llevar a una guerra que Amán puede aprovechar para atacar a Halba. Hay manifestaciones diferentes: unos piden que entreguen al caíd, otros que no lo entreguen, otros que declaren la guerra a Haira y otros que se mantenga la paz a cualquier precio. Quindil se pregunta qué hará el gobernador ante reivindicaciones tan diferentes (pp. 90-91). Los grandes terratenientes, industriales y comerciantes piden que se le declare la guerra a Haira. También hay un litigio con el territorio de Amán por la propiedad de algunas fuentes de agua, y el gobierno se las cede para que no haya guerra, ante el disgusto de muchos habitantes de Halba, que siguen temiendo que Amán les traicione a pesar de esa cesión (pp. 95-96). Finalmente el ejército de Haira se rinde, y se suicida su rey-dios, pasando

Haira y Mashriq a pertenecer a Halba, que lleva la libertad a ambas tierras. No queda más obstáculo a la libertad que el territorio de Amán. Sin embargo, al conocer las numerosas bajas en la guerra contra Haira, hay comunicados de los habitantes de Halba acusando al Estado de sacrificar a sus hijos, no para liberar a esos pueblos, sino por los intereses de los terratenientes, las industrias y el comercio, mientras otros comunicados acusan a los que dicen tal cosa de ser enemigos de la libertad y mercenarios de los territorios de Amán. Y se producen manifestaciones que obligan al Gobierno a anular el anterior acuerdo de cesión de las fuentes de agua, lo que supone un nuevo riesgo de guerra con Amán (pp. 100-101). Quindil se asombra por estas reacciones ante la victoria, y el *imam* le dice:

- Así es la libertad [...]
- Me recuerda a la anarquía [...]
- Así la ve quien no está acostumbrado a tratar con la libertad. [...]
- Pensaba que erais un pueblo feliz, pero sois unos pueblos desgarrados por las pequeñas discordias [...]
- No hay otra solución que el aumento de la libertad.
- ¿Cómo juzgas, desde el punto de vista moral, la anulación del acuerdo de las fuentes de agua?
- Ayer visité al sabio Murham al-Halabi y me dijo que la liberación de la gente es más importante que esta nadería... [...]
- ¡Nadería! —grité—... Es necesario reconocer algún fundamento moral, si no el mundo se convertirá en una selva.
- Sin embargo, siempre ha sido y continúa siendo una selva —terció Samia riéndose.
- Fíjate en tu país, tierras del Islam, Quindil. ¿Qué es lo que encuentras? Un gobernador déspota que gobierna a su antojo. ¿Dónde está el fundamento moral? Hombres de religión que supeditan la religión a su propio interés. ¿Dónde está el fundamento moral? Un pueblo que no piensa más que en subsistir ¿Dónde está el fundamento moral? (pp. 101-102).

Quindil también va a comprobar la libertad del sistema de Halba frente a la *religión*. Mientras pasea por la ciudad, a Quindil le sorprende la llamada a la oración de un almuédano, y piensa si estará en tierras del Islam. Encuentra una mezquita, entra, hace sus abluciones y reza emocionado tras 25 años sin poder hacerlo. Allí encuentra al *imam* mencionado, Hamada, y ambos mantienen una larga conversación sobre religión:

- Halba no pertenece a las tierras del Islam [...]. Halba es la tierra de la libertad; en ella están representadas todas las religiones. Hay musulmanes, judíos, cristianos y budistas; incluso ateos y paganos. [...] Inicialmente era pagana. Su libertad permitió que quien qui-

siera predicara su religión. Las religiones se repartieron entre sí a los habitantes, no quedando más que ciertos paganos en algunos oasis.

— ¿Y cual es la religión oficial del Estado? [...]

— El Estado no tiene nada que ver con las religiones [...]. Se relaciona equitativamente con todos. [...] Cada grupo conserva sus costumbres y el respeto rige las relaciones comunes, sin que haya parcialidad para con ninguna facción, aunque el Jefe del Estado pertenezca a alguna de ellas. [...] Nuestro actual Jefe del Estado es pagano [...].

— Es una libertad de la que nunca había oído hablar. ¿Se ha enterado, señor, de la manifestación que reivindica el reconocimiento de la homosexualidad?

— En ella también había musulmanes [...].

— No hay duda de que recibirán su merecido dentro de su propia comunidad. [...]

— La libertad es el principio sagrado admitido por todos.

— Ésa es una libertad que ha transgredido los principios islámicos. [...]

— Pero es sagrada también en el Islam de Halba.

— Si nuestro Profeta resucitara, desaprobaba esa faceta de vuestro Islam. [...]

— Y si resucitara —bendito sea— ¿no desaprobaba la totalidad de vuestro Islam? (pp. 84-85).

Quindil comprende que el *sheij* tiene razón, pues puede ver su propio país a la luz de otros de los que puede tomar ejemplo, que es el motivo de su viaje (p. 85). Y cuanto vive en casa del *imam*, éste le indica que está ante “un nuevo Islam” (p. 88). Días más tarde, acude a la gran mezquita de la capital, en cuyo patio se representa la biografía del Profeta y, aunque le parece un atrevimiento casi pagano, la viveza y sinceridad de la representación le impacta, y piensa que “la fe de esta gente es sincera y firme” (p. 90). Se ha encontrado con un Islam diferente, como le dice Samia ya casados: “La diferencia entre nuestro Islam y el vuestro es que el nuestro no ha cerrado las puertas al propio criterio, y un Islam sin criterio propio es un Islam sin razón” (p. 98).

Cuando Quindil le pregunta por el *sabio* de Halba, el *imam* Hamada le contesta: “Mashriq tiene su sabio y también lo tiene Haira. Sin embargo, aquí los centros de sabiduría están rebosantes de sabios. Con cada uno encontrarás más de lo que querías saber” (p. 88). Y cuando le pregunta si cree que los habitantes de las tierras de Halba son los más felices, el *imam* le contesta:

Ése es un juicio relativo, *sheij* Quindil, que no se puede establecer con total seguridad mientras sigan existiendo ricos, pobres y criminales. Además, nuestra vida no carece de angustia por ambiciones que tenemos comunes con Haira en el Sur y con los territorios de Amán en el Norte. Esta civilización única está amenazada y puede extinguirse en cualquier batalla. Incluso puede deteriorarse, en caso de victoria, si sufrimos pérdidas. Además las discordias religiosas nunca terminan bien (p. 87).

Hamada le concierta una cita con un *sabio* llamado Murham al-Halabi (p. 90), que le recibe en una refinada habitación con divanes, sillas y cojines; lleva una ligera *aba* azul (p. 91). Quindil, tras exponerle sus proyectos de viajar a Gabal en busca de sabiduría, le pregunta sobre la idea básica sobre la que han forjado su vida, y el sabio le contesta:

— [...] La hemos forjado nosotros mismos [...]. Eso no es mérito de ningún dios. Nuestro primer pensador creyó que el objetivo de la vida es la libertad. De él surgió la primera llamada a la libertad que empezó a propagarse generación tras generación. [...] Por eso considero buena cualquier forma de libertad y mala cualquier restricción. Hemos concebido un sistema que nos ha liberado de la tiranía, hemos sacralizado el trabajo para que nos liberara de la pobreza y hemos desarrollado la ciencia para que nos liberara de la ignorancia... y así sucesivamente... es un camino infinito. [...] El camino de la libertad no ha sido fácil. Lo hemos pagado con sudor y sangre. Éramos prisioneros de la superstición y el despotismo; los pioneros avanzaron y se cortaron cabezas, se desencadenaron rebeliones y se desataron guerras civiles hasta que triunfaron la libertad y la ciencia.

Agaché la cabeza manifestando mi admiración, y él siguió criticando los regímenes de los territorios de Mashriq y Haira, burlándose de ellos. Incluso se mofó del de Amán, el cual yo todavía no había visitado. Ni siquiera las tierras del Islam se salvaron del filo de su lengua. Al parecer leyó alguna alteración en mis facciones y se calló; luego dijo, como disculpándose:

— ¿No estáis acostumbrados vosotros a la libre opinión?

— Hasta cierto punto [...].

— Lo siento, pero tienes que volverlo a pensar todo [...].

— Su territorio no carece de pobres y de marginados. [...]

— La libertad es una responsabilidad que no puede asumir más que el que tenga capacidad para ello. No todos los que pertenecen a Halba son dignos de esa independencia. Entre nosotros no hay lugar para los incapacitados.

— ¿Es que la compasión no tiene tanto valor como la libertad? [...]

— Eso es lo que dicen gentes de diferentes religiones; ellos son los que ayudan a los incapacitados a permanecer. Yo, en cambio, no encuentro sentido alguno a palabras como compasión o justicia. Primero tenemos que ponernos de acuerdo en quién se merece la compasión y quién se merece la justicia.

— En eso difiero absolutamente.

— Ya lo sé.

— ¿Está a favor de la guerra?

— Sí, si promete más libertad. No tengo la menor duda de que nuestra victoria sobre Haira y Amán es el mejor seguro para la felicidad de sus respectivos pueblos. [...]

— ¿A qué religión pertenece usted, sabio Murham? [...]

— A una religión cuyo dios es la razón y su profeta, la libertad” (pp. 92-94).

Al final de su estancia en Halba, Arusa aparece un día por sorpresa frente a su tienda y le cuenta que, tras un año de sufrimiento al llegar a Halba, se había casado hacía dos con un budista honrado y correcto y había abrazado su religión; no tenían hijos y proyectaban viajar a Amán, a Galal y luego a la India; y se despiden deseándose lo mejor (pp. 102-103).

Ese encuentro casual, que le cuenta a Samia, reaviva los rescoldos de su antiguo amor, pero sobre todo despierta de nuevo su deseo de viajar. Samia lo acepta, y quedan en que a su vuelta de Gabal le acompañará a su país con los niños y que luego regresarán a Halba. Y al cabo de un año, en que encarga a su suegro de que le sustituya en el negocio, Quindil reanuda su viaje, dejando a Samia embarazada de su cuarto hijo (p. 104).

4. “TIERRAS DE AMÁN”

Después de prometer a Samia que volverá a buscarla a ella y a sus hijos para viajar a su país y publicar el libro de su viaje, Quindil se une a una caravana que parte en dirección a las tierras de Amán. Y tras una travesía de varias semanas por un nuevo desierto, llegan ante las murallas de la ciudad en la que entran de noche. El *funcionario de aduanas* es un hombre de voz tosca, que les recibe en el portalón de las murallas rodeado por otros que portan antorchas, y les da la bienvenida “al país de la justicia absoluta” (p. 106). Un guía lleva a los comerciantes al centro comercial y a los viajeros a un centro de viajes. Quindil, en vez de ir directamente a la posada, es conducido a una pequeña casa estatal, limpia, de sólida construcción y custodiada por guardias armados; allí, en una habitación alumbrada por antorchas, un funcionario le pregunta su edad, nombre, dinero que lleva, fecha de iniciación del viaje y objetivos, y le anuncia que sólo podrá quedarse 10 días, a menos que curse una petición para quedarse más tiempo, que ellos podrán aceptar o no. Finalmente le asignan “un compañero constante”, un guía del centro de viajes llamado Fluka, que ha de estar siempre con él de forma obligatoria pues, como dice el funcionario, “¡Es el método idóneo para el bien de los forasteros!” (p. 107). De camino a la posada, Fluka marcha a su lado en silencio, lo que le quita a Quindil la sensación de aventura y libertad.

La *posada para forasteros* es grande y majestuosa, y tan maravillosa como la de Halba. Sin embargo, la limpia habitación es más reducida y sencilla, aunque no le falta ninguna comodidad. Para sorpresa de Quindil, hay dos camas, una de ellas para que Fluka duerma en la misma habitación, pues es la norma del país (p. 107). Como tampoco podrá gozar de libertad ni siquiera en su cuarto de baño, Quindil piensa en cancelar el viaje, pero no hay otra caravana antes de diez días. Al verlo tan contrariado, Fluka le dice: “Aquí todo es nuevo, por eso resulta extraño. Así que es mejor que olvides tus viejas costumbres” (p. 108). Al *dueño de la posada* no se le menciona.

Respecto a la *vestimenta*, Quindil observa que tanto el funcionario de la aduana como el guía Fluka visten igual: una especie de jubón corto a modo de chaqueta, un vestido hasta las rodillas, sandalias y un gorro en forma de casco de lino o algodón (p. 107); y para dormir, Fluka se pone una especie de chilaba (p. 108). Por otro lado, observa que cada grupo de personas lleva un uniforme sencillo, como si fuera una patrulla militar (p. 111). En cuanto a la *alimentación*, dice que en una pequeña mesa del comedor de la posada desayunan leche, galletas, huevos y mermelada, todo excelente en calidad y cantidad; y cuando rechaza el vino, obligatorio, Fluka le dice que muchos musulmanes lo beben, y le pregunta: “¿Crees de verdad que a tu dios le importa que tomes vino o que lo dejes?” (p. 108). Pero al ver la cara de disgusto de Quidil, se excusa cortésmente. En la posada también comen a mediodía pinchitos, coliflor, pan y manzanas (p. 111). Fluka achaca parte de la longevidad de las gentes de Amán a su alimentación a base de productos originarios y a su practica de deporte durante la vida laboral (p. 110), pero Quindil observa que el Presidente y la élite son más gordos que los súbditos, y se convence de que aquéllos gozan de una dieta alimenticia distinta a la del pueblo (p. 116). En cuanto a la *higiene* siente que la habitación de la posada está muy limpia (p. 107), al igual que el conjunto de la ciudad (p. 109). Y sobre la *medicina*, sólo señala que visitan grandes centros de medicina (p. 112).

Su primera sensación al visitar con Fluka la *ciudad* es la de vacío, pues la plaza y las calles están desiertas: “Era una ciudad vacía, abandonada, muerta. Excelente en lo referente a limpieza, enormes edificios y altos árboles, pero sin rastro de vida” (p. 109). Pero Fluka le explica que todos están trabajando. Sin embargo, la arquitectura de la ciudad no tiene nada que envidiar a la de Halba. Tras cruzar un gran puente sobre un ancho río, llegan a un amplísimo jardín destinado a los ancianos, con gran variedad de árboles y flores y un lago artificial (p. 110). Luego visitan el jardín destinado a los niños, separado del parque de los ancianos por una plaza muy extensa (p. 110). Y al atardecer visitan una gran plaza que se llena de gente que va presurosa hacia sus casas (p. 112). Al día siguiente visitan fábricas, comercios y centros de enseñanza y medicina, grandes, ordenados y disciplinados, que nada tienen que envidiar a los de su tierra o los de Halba, pero a Quindil le intranquilizan la consternación, la dureza y la frialdad que reina en las caras de sus gentes. También visitan una gran fortaleza, en la que había tenido lugar, tras una larga y dura guerra civil, la gran batalla en la que el pueblo había derrotado al rey tirano. Luego visitan un gran edificio, que parece un santuario, donde se había juzgado y condenado a muerte a los enemigos del pueblo, que eran, como le explica Fluka, los dueños de la tierra, los propietarios de las fábricas y los gobernadores tiranos (pp. 112-113). Y el día en que se celebra la fiesta de la victoria sobre el rey tirano, acuden al palacio en que se celebra:

la mencionada fortaleza, elevada, de soberbia arquitectura, con una gran plaza delante, capaz de albergar a miles de personas (p. 115).

Quindil observa su *vida social* y la relación hombre-mujer, comprobando que, durante el día, hombres y mujeres están trabajando en sus respectivos lugares, mientras ancianos y niños pasan el día en parques especiales para ellos. Fluka le explica la importancia del trabajo en su sociedad:

— Todo el mundo trabaja. No hay parados. No hay ninguna mujer que no trabaje. A los ancianos y a los niños, ya los verás en sus parques [...].

— Halba palpita de dinamismo. Sin embargo, sus calles están siempre repletas de gente. [...]

— Nuestro sistema no tiene parangón. Cada individuo se prepara para un trabajo, después lo ejerce. Cada uno recibe el sueldo que merece. Es el único país del mundo en el que no hay ni ricos ni pobres. Ningún otro país ha podido realizar ni siquiera una parte de la justicia social que hay aquí... [...] Mira: todos son edificios altos y parecidos. No hay posadas ni casas bajas ni edificios medianos. La diferencia entre sueldos es mínima; todos están equiparados, a menos que el trabajo los distinga. El sueldo mínimo es suficiente para cubrir las necesidades del hombre honrado en lo referente a alojamiento, comida, ropa, educación y también diversiones (p. 109).

Los ancianos —los que “han rebasado la edad del dinamismo y del trabajo” (p. 110), como dice Fluka— pasan el día en un parque especial para ellos. Hay uno de esos parques en cada ciudad de Amán. Allí están ancianos de ambos sexos, que disponen de sitios para pasear, campos de deporte ligero y lugares para la fiesta y el baile. Quindil contempla a una pareja de viudos recién casados que pasan su luna de miel al borde de un lago artificial, con los pies en el agua. Y cuando observa que muchos ancianos sobrepasan los ochenta años, Fluka le explica que esa longevidad se debe a la alimentación con productos originarios, a la carencia de lujos y a la práctica del deporte a determinadas horas dentro del horario de trabajo (p. 110). Quindil piensa que es “un buen sistema y una protección humana que no había encontrado en los países anteriores” (p. 110). También hay un jardín infantil, repleto de niños de diferentes edades, con campos y pabellones para la enseñanza y la educación, educadores y educadoras (pp. 110-111). Y conversa sobre el tema con Fluka:

— ¿Es para la diversión o para la enseñanza? [...]

— Para ambas cosas. Aquí descubrimos los distintos talentos. A cada uno se le educa según sus dotes y para el destino que se le marca. Los educadores y educadoras sustituyen a los padres y a las madres, los cuales están sumidos en sus trabajos.

— Pero no hay nada que pueda sustituir el cariño paternal [...].

— Eso son sentencias y refranes que ya no tienen sentido en las tierras de Amán (p. 111).

Al atardecer la vacía ciudad cambia completamente, pues la gente empieza a salir a las calles, y se dice Quindil: “la puesta de sol es la hora de la resurrección” (p. 111). Casi uniformados, caminan en orden pero precipitadamente hacia sus casas, con caras serias y cansadas, sin agitación ni diversión, que dejan en Quindil “una imagen concreta de igualdad, orden y seriedad” (p. 111) que le produce tanto admiración como inquietud. Fluka le comenta que sólo las noches del fin de semana cobran vida los lugares de diversión. Y lo comprueba cuando ambos pasan una noche en un local de la posaba donde puede encontrar bebida, baile y cuanto pueda desear: Quindil asiste allí a un baile extraño, un canto nuevo y algunos juegos de magia, aunque se diferencian poco de los de Halba (p. 112). Más tarde acude con Fluka a un gran circo lleno de gente, en que asisten a diferentes tipos de juegos, canto y baile, alegres y divertidos. Y por la noche hay mucha gente ebria deambulando por la ciudad (p. 118).

También es de descanso el día de la victoria, en que la ciudad aparece viva y calida toda la jornada. La fiesta se celebra en el gran palacio. Miles de personas se congregan en la plaza que hay ante él, de pie, en filas ordenadas sobre el trazado del círculo, con rostros sonrientes y llenos de curiosidad, frente a la hosquedad de los días ordinarios. Son personas fuertes y delgadas, con vestidos, color y peso similares, dando sensación de igualdad, que proporciona a la vez una tranquilidad arraigada y cierta apatía. La trompeta anuncia el inicio de la celebración: procesión de portadores de rosas, filas de muchachas rebosantes de juventud, canto de un himno lleno de fuerza y belleza inspirado en sus cálidos recuerdos comunes, y muchos aplausos; luego llega el Presidente seguido de un grupo de la élite, todos ellos más gordos que el resto de la gente, y pasan cerca de la multitud intercambiando saludos. Y desde una tribuna, el Presidente habla al pueblo de su revolución y de lo que ha hecho por el pueblo durante su vida. El entusiasmo y la esperanza que les dominan le hace pensar a Quindil que es una nación unida, con un mensaje que no carece de cierta convicción, a pesar de que su felicidad se ve alterada (pp. 115-117).

Quindil y Fluka hablan sobre el *sistema de gobierno*, que a Quindil le recuerda al sistema del califato en tierras del Islam:

— Tenemos un Presidente electo; lo elige la élite que hizo la revolución, la cual representa a los más destacados de todas las regiones: sabios, filósofos, industriales, agricultores, hombres del ejército y del orden. Luego ejerce sus funciones de por vida. Sin embargo, es sustituible en caso de corrupción. [...]

— ¿Cuáles son sus competencias?

— Controla el ejército, las fuerzas del orden, la agricultura, la industria, la ciencia y el arte. Para nosotros, el Estado es el dueño de todo. Los súbditos son funcionarios que traba-

jan cada uno en su especialidad. No hay distinción alguna entre el barrendero y el Presidente.

— ¿No le ayuda nadie?

— Sus consejeros y la élite que lo eligió; pero él es el que tiene la última palabra. Por eso estamos a salvo de la anarquía y de la inseguridad. [...]

— ¿Pero no es demasiado fuerte como para que le pidan cuentas si se corrompe? [...]

— ¡La ley aquí es sagrada! [...] Fíjate en la naturaleza: su base es la ley y el orden, no la libertad.

— Sin embargo, el ser humano, entre todas las criaturas, siempre aspira a la libertad...

— Ésa es la llamada del deseo y de la fantasía. Cuando descubrimos que el ser humano no se tranquiliza sino con justicia, hicimos de ella la base del Estado y pusimos la libertad bajo vigilancia (p. 114).

Y mientras están presenciando la fiesta de la victoria, Quindil se imagina cómo le explicaría Fluka la diferencia física entre las multitudes y el presidente y la élite:

Me diría que el sistema de Amán concede ciertos privilegios a algunos en razón de sus méritos científicos y profesionales: es natural que estuvieran a la cabeza el Presidente electo y sus colaboradores, y que estos privilegios se concedan con condiciones restrictivas que no permiten que haya una auténtica diferencia de clases, y por motivos racionales que nada tienen que ver con los privilegios de las familias, tribus y clases en otras sociedades dominadas por la injusticia y la corrupción. La verdad es que eso no me pareció una transgresión a la justicia dominante en el territorio de Amán” (p. 117).

Estos pensamientos le llevan a criticar la exagerada diferencia de clases de las tierras del Islam. Y al observar que tanto Halba como Amán se han propuesto su objetivo y lo han realizado, constata que “las tierras del Islam anuncian un objetivo y realizan otro con desenfreno y descaro, sin rendir cuentas a nadie” (p. 117). Pero al final del festejo aparecen jinetes con lanzas en las que están clavadas cabezas humanas, algo que Fluka justifica en que son de traidores rebeldes:

— [...] Es una necesidad irremediable. Nuestro sistema nos obliga a que nadie se entrometa en lo que no le concierne y a que cada cual se dedique a lo suyo. El ingeniero no debe parlotear de medicina y el empleado no debe meterse en los asuntos del agricultor; a ninguno le concierne ni la política interior ni la exterior. Y a quien se rebele contra eso le ocurrirá lo que has visto.

Comprendí que la libertad individual conlleva cadena perpetua en estas tierras. Me invadió una fuerte melancolía y me irritó Fluka por su fanática convicción en lo que decía (p. 118).

El tema de la *religión* sale a colación tras explicarle Fluka su sistema de gobierno, en que la libertad está bajo vigilancia. Y le pregunta Quindil:

- ¿Eso es lo que manda vuestra religión?
- Nosotros adoramos a la tierra en tanto que creadora de la especie humana y reserva de sus necesidades...
- ¿La tierra?
- Ella no nos comunica nada, pero ha creado para nosotros la razón, y con ella se puede prescindir de todo lo demás. [...] Nuestro territorio es el único en el que no hay fantasías ni supersticiones. [...]

Pedí perdón a Dios larga y silenciosamente. Se puede encontrar alguna razón para la idolatría de Mashriq o de Haira, pero ¿cómo es posible que un país como Amán, con una civilización tan espléndida, adore a la tierra? ¿Y cómo confiere su trono a un hombre, y lo toma por un rey-dios? Es un país misterioso. Me suscitó un interés y una repugnancia desmedidos; sin embargo, me dolía aún más el estado actual del Islam en mi país, pues la tiranía del califa no se queda atrás, comparada con la del Gobernador de Amán, y practica la corrupción de forma manifiesta. Incluso la propia religión está desgarrada por las supersticiones y las falsedades. Y a la nación la han devorado la ignorancia, la miseria y la enfermedad (p. 115).

Al *sabio*, en esta ocasión, no podrá visitarlo para que le proporcione la información que necesita del país, pues Fluka le dice que todos están ocupados en sus tareas, pero que él puede proporcionarle toda la información que quiera, como viene haciendo a lo largo de su estancia (p. 113). Y al final del día de la fiesta, Fruka le pregunta a Quindil:

- ¿Crees que la vida en tu primera y en tu segunda patria [tierras del Islam y Halba] son mejores que en Amán? [...]
- Deja mi primera patria, pues sus habitantes han traicionado su religión.
- Si un sistema no contiene los medios suficientes para garantizar su aplicabilidad, no merece la existencia. [...]
- Aún no hemos perdido la esperanza.
- Entonces ¿a qué viene el viaje a las tierras de Gábal?
- La sabiduría, la luz...
- Es un mero viaje a la nada —replicó con ironía (p. 119).

Al final de su estancia en las tierras de Amán se propagan rumores de guerra entre Halba y Amán por la derogación de la cesión de las fuentes de agua. Quindil, que está inquieto pensando en Samia y sus hijos, le pregunta si se va a declarar la guerra, a lo que Fluka le contesta con frialdad: “Estamos perfectamente preparados” (p. 119). Y al despedirse de su guía para partir hacia las tierras de Gurub, éste le dice al oído que se ha declarado la guerra entre Halba y Amán (p. 120).

5. “TIERRAS DE GURUB”

Pasados los 10 días de su estancia en Amán, en los que se entera de que a Arusa se le ha muerto el marido allí y que ha proseguido el viaje hacia Gurub, se une a la caravana que parte hacia esas tierras, preocupado por su familia de Halba. Tras un mes de travesía por un desierto con gacelas, llegan de noche a la frontera, pero no hay murallas ni *delegado de aduanas* (p. 121): sólo una voz les comunica que han llegado a las tierras de Gurub, y es el jefe de la caravana el que les dice que es “una tierra sin guardianes” y que pueden entrar en paz (p. 121). Tampoco hay *posada para forasteros*. Al preguntar Quindil cómo podría llegar a la posada, el jefe de la caravana le dice que le responderá la luz del día. Al amanecer, pregunta dónde puede dejar su equipaje, y el jefe de la caravana le indica que lo deje donde está y que puede ir y venir tranquilo. Quindil elige un lugar del bosque cercano a una fuente para dejar el equipaje (p. 122).

En cuanto a la *vestimenta*, al llegar Quindil va vestido con una chilaba, bajo la que se ata el cinturón en que había anudado sus dinares (p. 122). Luego deja el dinero y se pone sólo un taparrabos como los demás. La *alimentación* la obtiene recogiendo frutas caídas por el suelo y come hasta hartarse (p. 123). Y nada se menciona de la *higiene* y la *medicina*.

Tampoco halla una *ciudad*. En Gurub, Quindil sólo ve un bosque ilimitado, sin ningún edificio, cabaña, casa o posada, y sin gente (p. 121). Es una tierra cuajada de hierba, con palmeras, árboles frutales, fuentes y lagos (p. 122), una especie de jardín paradisíaco. Y tampoco puede describir al principio su *vida social* pues al llegar no ve gente. Luego encuentra a una persona de mediana edad que parece muda, ciega o dormida, pues no contesta a ninguna de sus preguntas. Después va encontrando a otros hombres y mujeres en el mismo estado, y llega a la conclusión de que es un “paraíso sin gente” o “un paraíso de ausentes” (p. 123). Y respecto al *sistema de gobierno*, en esas tierras no hay ni guardianes ni gobernador, como le diría luego un anciano a Quindil.

Al preguntar por el *sabio* del lugar, el jefe de la caravana le dice que hay un anciano en el bosque a quien acude quien quiere. Quindil camina por el bosque al día siguiente hasta que oye un canto colectivo, procedente de un grupo de hombres y mujeres —entre los que no está Arusa— sentados en el suelo en forma de media luna y rodeando a un anciano decrepito que, sentado sobre un frondoso árbol y con sólo un taparrabos, es como si les estuviera enseñando a cantar. Al terminar el canto, todos se marchan tranquilamente (pp. 123-124). Entonces, Quindil se presenta al anciano, y al mirarle éste con sus límpidos ojos, Quindil siente que existe y se le disipa la soledad. Luego entablan conversación:

- Soy un viajero que va de país en país en busca de la sabiduría.
- Dejaste tu país en busca de la sabiduría. No obstante, has caminado al lado del objetivo muchas veces, y has gastado un tiempo precioso en la oscuridad. Tu corazón está desgarrado por una mujer que dejaste atrás y otra a la que te afanas en buscar. [...]
- ¿Cómo consigue saber lo oculto? [...]
- Aquí todos hacen eso y más. [...]
- ¿Es usted el Gobernador de estas tierras?
- Estas tierras no tienen Gobernador. Yo no soy más que un sencillo maestro de los perplejos. [...]
- ¿Por qué no contestan al saludo ni escuchan las palabras?
- Su vida aquí es conforme a la verdad y distinta de la de los demás.
- Parece que están absortos.
- Aguantan con paciencia la amargura de la desgracia para conseguir la dulzura del secreto. [...]
- ¿Y qué quieren conseguir con eso?
- Son emigrantes de todas las partes del mundo. Vienen rehusando los ambientes corruptos y preparándose para el viaje a las tierras de Gabal. [...]
- Entonces encontraré compañero en mi último viaje. [...]
- Tienes que prepararte como ellos.
- ¿Cuánto tiempo se necesita para eso?
- Depende de la capacidad de cada uno. Puede que a alguien se le desvanezca la voluntad; en ese caso se le aconseja quedarse en Gurub. [...]
- ¿Y si se empeña en viajar?
- Es de temer que allí se portarían con él como si fuera un animal mudo. [...]
- ¿Y cómo los prepara para el viaje?
- Todo depende de ellos. Los preparo con el canto para allanar el camino. No obstante, tienen que extraer de sí mismos su fuerza implícita. [...] Significa que cada ser humano tiene enterrados dentro de sí mismo unos tesoros que debe desenterrar, especialmente si desea viajar a las tierras de Gabal.
- ¿Y qué tiene que ver eso con las tierras de Gabal? [...]
- Allí basan sus vidas en estos tesoros, no utilizan ni los sentidos ni los miembros del cuerpo. [...]
- ¿Y cómo sabré que lo he conseguido?
- Cuando puedas volar sin alas (pp. 124-126).

Quindil cree que el sabio le habla en lenguaje metafórico, pero el anciano le dice que en Gabal han conseguido la plenitud basándose en esa fuerza, y que allí se olvidará de todo. Sin embargo, Quindil insiste en que debe volver a su país, pues éste necesita de los conocimientos que ha adquirido, a lo que el anciano le espeta:

— Eres un desertor. Justificas con el viaje tu huida de la responsabilidad. Nadie ha viajado allí hasta después de haber cumplido con su deber. Hay quienes han pasado los mejores años de su vida en la cárcel por defender sus ideas, no por una mujer —afirmó irritado.
 — Estuve solo en medio de la tiranía —protesté angustiado.
 — ¡Ése es un pretexto de cobardes! (pp. 126-127).

Tras informarle el anciano de que Arusa había ido a Gabal y que su experiencia había salido bien gracias a todo lo que había sufrido, Quindil se convierte en un fiel seguidor del anciano y acude a sus clases con los demás, dejando sus dinares en la caravana que parte de regreso. El anciano les induce a concentrarse para introducirse en sí mismos, clave de los tesoros escondidos, a amar el trabajo sin esperar recompensa o fruto para consolidar el amor entre ellos y la esencia de la existencia, y a cantar, que es una fuente de fuerza. Quindil sigue sus enseñanzas, pensando en curar todas las desviaciones de su patria (pp. 127-128).

Pero, cuando aún no han terminado su preparación, las tierras de Gurub son invadidas por el ejército de Amán, para prevenir que lo conquiste Halba y los cerque. Entonces les dan a elegir entre quedarse como prisioneros o marcharse, y todos deciden marchar hacia las tierras de Gabal (pp. 128-129).

6. “TIERRAS DE GABAL”

La caravana parte al alba, sin comerciantes. Y tras una larga y tortuosa travesía por desiertos, desfiladeros y montañas, llegan a la vista de las tierras de Gábal: se ve a lo lejos una montaña en cuya cima aparece una ciudad, elevada y amplia, con enormes cúpulas y construcciones que manifiestan grandeza y sublimidad (pp. 131-132)⁷. Pero les separa de ella un desierto infinito, por el que viajan durante semanas hasta un punto en que la caravana ya no puede seguir, porque el camino es demasiado estrecho, de modo que deben seguir a pie. Pensando en las dificultades de la subida y en las que encontraría para regresar a causa de la guerra, Quindil confía al jefe de la caravana el manuscrito en que ha descrito las vivencias de su viaje para que se lo lleve a su madre o al secretario de Dar al-Hikma. Y, decidido a escribir otro cuaderno sobre Gábal si logra llegar allí, emprende con los demás su última aventura (p. 133).

7. Esta descripción de la capital de las tierras de Gabal recuerda a la mítica Iram la de las Columnas (*Iram dā al-‘Imād*) que, según las leyendas, es una maravillosa ciudad que quedó enterrada en la arena. A la vez, esta ciudad suele ser la imagen del paraíso (“Iram”. *E.I.*, vol. III, p. 1303). Por ejemplo, en el poema “En el camino de Iram” (*‘Alā ṭarīq Iram*), el poeta *mahṣarī* Nasīb ‘Arīḍa resume su experiencia de la vida y el recorrido simbólico del hombre desde la cuna a la sepultura, usando como marco el mito árabe de Iram. Para llegar a esta ciudad, que está en lo alto de una gran montaña, hay que atravesar un gran desierto; y la meta de ese recorrido es “alcanzar el conocimiento, la perfección y la felicidad espiritual”. Cfr. Clara M^a Thomas. “Nasīb ‘Arīḍa, poeta de la desolación y el exilio”. *Idearabia*, 3 (2002), pp. 60-62.

La novela acaba con varios interrogantes, pues hasta el presente nunca se ha mencionado a Quindil en ningún libro de historia:

¿Siguió su viaje o murió en el camino?
 ¿Entró en Gabal? Si así fue, ¿qué tal suerte correría?
 ¿Se quedó allí durante el resto de su vida o volvió a su país como era su intención?
 ¿Aparecerá algún día un nuevo manuscrito de su último viaje?
 Todo esto sólo lo sabe el Conocedor de lo oculto (p. 134).

CONCLUSIÓN

La descripción y nombres simbólicos de los cinco países que visita Quindil se pueden interpretar como cinco grandes sistemas de organización de la vida humana: — Los territorios de Mashriq —“oriente, origen, lugar por donde sale el sol”— representan las etapas iniciales de la vida de la humanidad, la sociedad tribal y la esclavista, tanto por su matriarcado y su culto al dios Luna como por el dominio absoluto del señor sobre sus habitantes.

— Las tierras de Haira —“confusión, perplejidad”— representan la etapa de la monarquía absoluta y los regímenes autoritarios, la alianza entre la religión y el poder político, pues adoran al Rey-Dios, que es el dueño de todo y en cuyo nombre las élites administran los asuntos.

— Las tierras de Halba —“tiempo y pista de juegos”— representan la etapa de los regímenes democráticos, liberales, científicos y laicos, que se reflejan en la práctica de todas las religiones, la laicidad de su jefe de estado y el lema de la libertad como valor supremo, aunque conlleve la desprotección de los más débiles.

— Los territorios de Amán —“seguridad”— representan la etapa de los regímenes de socialismo estatal de los países del Este o, tal vez, el mundo feliz de Huxley, donde predomina la justicia, la igualdad y la seguridad a costa de la libertad, y el poder supremo lo ostenta el Estado.

— Las tierras de Gurub —“poniente, lugar por donde se oculta el sol”— podrían significar el retiro al propio interior, el misticismo, una etapa de preparación espiritual antes de ascender a las tierras de Gabal, meta del largo viaje.

— Las tierras de Gabal —“montaña”— vienen a señalar la cima y final de un camino ascendente, y tal vez el más allá. Por la similitud entre su magnífica capital y la mítica ciudad de Iram, puede ser la imagen del paraíso, lo que se refuerza con la constante repetición, a lo largo del manuscrito, de que nadie ha vuelto de ella. Es la meta del viaje de Quindil, pues encierra los secretos para lograr un mundo mejor y representa la perfección suprema. La tierra de Gabal es descrita por el posadero de Mashriq como “el milagro de los siglos” (p. 33); en Haira, al hablar en la prisión con otro preso,

éste describe Gabal como “el país de la plenitud”; cuando Quindil le pregunta “¿Y quién realizará ese sueño?”, el preso le contesta: “El hombre, únicamente el hombre” (p. 73); y el anciano de Gurub les decía con certeza a los que le seguían: “Allí [en las tierras de Gabal] con la mente y la fuerza oculta descubren las realidades, siembran la tierra, construyen las fábricas y realizan la justicia, la libertad y la pureza absoluta” (p. 128).

Para comprender lo que en la trayectoria literaria de Mahfuz significa el término *ḡabal*, basta recordar que en muchos de sus relatos y novelas aparece la figura de *Ŷabalāwī*⁸, el hombre de la montaña, simbolizando a un dios genérico que, aislado en su morada de la montaña, guarda sus secretos fuera del alcance de los hombres.

Toda esta travesía nos recuerda a un poema de Kavafis, “*El viaje a Ítaca*”, cantado por Lluís Llach, en que lo importante no es tanto lo que el viajero encuentra en la meta de Ítaca como todo lo aprendido durante el viaje hacia ella.

Con *El viaje de Ibn Fattuma*, Naguib Mahfuz proporciona un nuevo enfoque sobre la evolución de la humanidad que ya expuso en otras grandes novelas, como *Los hijos de nuestro barrio* (*Awlād ḡarātī-nā*, 1967) y *La epopeya de los miserables* (*Malḡamat al-ḡarāfīṣ*, 1977).

8. Entre las muchas veces que aparece este personaje en su narrativa, la más significativa es la figura que preside desde su aislamiento el destino de *Los hijos de nuestro barrio* (*Awlād ḡarātī-nā*). Varios traductores. Barcelona: Alcor, 1967. *Ŷabalāwī* (= Dios) es un padre longevo, quizás eterno, que se aísla en su Casa Grande, tras dejar sus tierras para común beneficio de todos sus descendientes, a quienes expulsó un día de su jardín espléndido.